

Katja Carrillo Zeiter

**Acercándose al pasado:
*Lenta biografía de Sergio Chejfec***

En su ensayo “Marcas en el laberinto”, Sergio Chejfec reflexiona sobre lo que podría ser la literatura judeo-latinoamericana. Preguntándose si la literatura judeo-latinoamericana es más que el mero conjunto de textos escritos por judíos o de –para decirlo de algún modo– contenidos judíos, Chejfec discute la problemática de cualquier denominación colectiva cuando se trata de literatura:

La denominación “literatura judía latinoamericana” puede abarcar una buena (pero no exagerada) cantidad de libros, sin embargo hasta ahora ha sido inevitable que se presenten como un grupo inacabado y heterogéneo (Chejfec 2005: 119).

Según Chejfec, el recurrir tanto al criterio del origen del autor como al del contenido no soluciona el problema:

Sin embargo esta forma de organización no solo definió un cuerpo sin atender a varias lagunas, sino que gestó los tipos de hipótesis que pueden tenerse sobre el fenómeno y, en última instancia, la forma en que debe ser leída la literatura reunida bajo ese nombre (Chejfec 2005: 120).

Pero, ¿qué es entonces la literatura judeo-latinoamericana? Para Chejfec es un campo de ideas “[...] donde no necesariamente las obras deban establecer un diálogo” (Chejfec 2005: 122). En lo que sigue, Chejfec intenta enumerar algunas de esas ideas. No me detendré en todas ellas, quisiera mencionar sólo dos: por un lado, la relación entre memoria y lengua y la sospecha acerca la imposibilidad de la lengua de contar el pasado, y por el otro lado, la idea del desplazamiento permanente del pueblo judío, un desplazamiento continuo que relaciona el pasado con el presente. Me parece que las dos ideas están dialogando entre sí en *Lenta biografía*.

Toda literatura es para Chejfec la narración del recuerdo: “Quizá lo más atractivo de la evocación de la propia experiencia hecha escritura sea la inspiración incompleta [...]” (Chejfec 2005: 125). Es la inspiración incompleta la que desemboca en un intento vano de la

escritura de abarcar el pasado como un todo sin huecos, sin lugares oscuros. Así, el pasado se escapa a la voluntad del escritor de ser escrito por completo. Siempre, según Chejfec, queda algo por contar. Por lo tanto, no sorprende que Chejfec describa el pasado como una espiral y no como línea lógica. La espiral no tiene origen y su avanzar se revela siendo una mera ilusión. La dificultad de la escritura del pasado reside en la estructura misma de la lengua que se nos presenta como una línea lógica, recta, con un comienzo y un fin. Ahora bien, escribir el pasado resulta entonces ser una lucha entre el movimiento espiral de la memoria y la línea recta de la escritura y su afán de abarcar un todo donde sólo existen huecos.

Aparte de la lengua, Chejfec menciona el desplazamiento como otro motivo central en la literatura judía. Partiendo de unas consideraciones de Joseph Roth, en donde Roth compara a los judíos del este con los del oeste para llegar a la conclusión de que cuanto más al oeste están más rechazan a los judíos del este, Chejfec escribe:

Me parece que estas ideas de Roth [las del desplazamiento] precisan con elocuencia lo que se ha constituido en un tópico dominante de la literatura judía en general: en primer lugar la nostalgia, también los contradictorios y dolorosos procesos de adaptación a nuevas geografías, y los ritos culturales provenientes del pasado que transportan una plenitud y una verdad irrecuperables (Chejfec 2005: 127).

La lectura de *Lenta biografía* aquí presentada mostrará el entrelazamiento de los dos puntos al tratar de contar un pasado ajeno.

1. La lengua

Lenta biografía es la primera novela de Sergio Chejfec, publicada en 1990 en Buenos Aires.¹ Ya el título evoca el tema principal de la novela: la escritura de un pasado recordado. Mas *Lenta biografía* no es sólo la narración de una biografía sino muestra también el entrelazamiento de tres biografías. El punto de contacto de las tres historias es la casa del hijo-narrador, donde se juntan las historias para al fin ser contadas por él. No obstante, estas historias tienen su punto de encuentro en el pasado, en la niñez del hijo-narrador, y el relato de las biogra-

1 La primera edición de *Lenta biografía* se publicó en Punto Sur; aquí se cita de la edición publicada en 2007 en Alfaguara Argentina.

fías ajenas no marca el punto de partida del texto que el lector tiene enfrente.

La intención original fue más bien escribir una autobiografía; decisión que se ve contrarrestada por un comentario del padre que al parecer en un principio no tenía nada ver con la intención del hijo-narrador, pero que al final desemboca en lo que leímos:

Aquel día [...] como si masticara palabras mi padre me dijo que él quería escribir la historia de su vida; e incluso: que él podía escribirla, por supuesto, en idisch y yo después traducirla u ocuparme de que lo hicieran. Me dijo que no tendría palabras en castellano para “poner” todo lo que tenía por contar (Chejfec 2007: 10).

Con estas palabras del padre la decisión cambia de rumbo y una autobiografía se convierte en la historia del padre. No se trata de un cambio brusco ni tampoco completo, más bien la narración se desplaza casi involuntariamente hacia la biografía del padre. Este desplazamiento tiene su origen en mínimos detalles que el hijo-narrador recuerda de su padre:

Mi padre cantaba, de cuando en cuando. Los domingos a la mañana mientras holgaba, sin tener nada para hacer, o mientras se afeitaba, cantaba canciones idisch de música alegre, que le permitían o exigían modular su voz en falsete e incorporarles onomatopeyas y otros ruidos (Chejfec 2007: 14).

Al mencionar el idisch, el texto abre un campo de posibles identificaciones y parece responder a expectativas relacionadas con el corpus de la denominada literatura judeo-latinoamericana: el conjunto de textos que relatan hechos de los inmigrantes judíos en América Latina. Así, recurrimos a uno de los criterios que según Chejfec posibilitan la construcción de un corpus denominado literatura judeo-latinoamericana, y que él denomina “representación verista”, auténtica.²

Al contrario, para el hijo-narrador el idisch marca más bien una tierra incógnita y un pasado oculto que despierta su curiosidad. Pero el descubrimiento de esa tierra tiene que ser llevado a cabo llenando los huecos de lo no-nombrado y no-mencionado por el padre:

2 En su contribución “Retazos de recuerdos”, Ana María Shua demuestra cómo la idea de lo auténtico puede indicar falsos caminos. Citando un texto suyo que cuenta la llegada de un abuelo a la Argentina, Shua concluye: “Este texto, que escribí hace un tiempo, podría ser una cálida y precisa evocación de mi propio *zeide*. Pero no es. Como suele suceder con la ficción, es una combinación de recuerdos y de *zeides* ajenos” (Shua 1992: 20).

En esas canciones –en sus melodías, en su plácido rumor festivo– mi padre transmitía lo que quizá pensara que habría de perderse –su pasado–, y lo que nosotros recibíamos: su historia en forma de oleadas intermitentes, parcialmente veladas y casi totalmente encubiertas. La posibilidad nuestra, mía, era descifrar, bien miradas las cosas, aquellos ecos y palpitaciones; y descifrar no era otra cosa que imaginar (Chejfec 2007: 15).

Así, el texto, la historia del padre contada por el hijo-narrador, desde su principio abre el campo de lo imaginado y pondrá a partir de aquí lo relatado en duda. Una duda que empieza con la lengua, pero que también busca la solución y la claridad mediante la lengua.

Teniendo en cuenta las reflexiones sobre la lengua, sus posibilidades pero también las trampas que ofrece, resulta lógico que *Lenta biografía* empiece con el extrañamiento experimentado por el hijo-narrador al recordar el idisch de su padre. Aún más, el idioma del padre gana cierta importancia en los recuerdos del hijo porque marca el abismo que separa el pasado del padre del presente del hijo y, también, del padre. Es la línea que divide la vida del padre en un antes y un ahora y que lo distancia de su hijo:

Creo que si mi imaginación era más permisiva en relación con ellas [las voces de los familiares de su padre] que con las caras, lo fue justamente porque con su voz mi padre se distanciaba –de un modo permanente– de lo que me rodeaba: él hablaba otros idiomas y hablaba –habla– mal el mío. Ruso, idisch, polaco, salían de su boca graves con la naturalidad que otorga el uso y con el infinito matiz de entonaciones que concede la total identificación con el universo de la lengua (Chejfec 2007: 12).

El idioma (los idiomas) del padre difiere(n) del idioma del hijo, éste es marcado como “mío”, lo cual convierte el idioma en una propiedad, en algo que poseemos y por lo tanto dominamos. Aún más, el hijo-narrador entabla una relación identitaria entre el idioma y el hablante representada por la capacidad de dominar el idioma. El ruso, idisch, polaco son los idiomas identitarios del padre, en ellos su voz es capaz de representar matices, él sabe usar diferentes registros. El padre no posee, y por tanto no domina, el castellano. Hecho que desde el comienzo del texto queda claro, cuando el padre le explica al hijo que no podría escribir la historia de su vida en castellano pero sí en idisch. La incapacidad de relatar la propia historia en un idioma no del todo dominado aparece en las ya citadas líneas introductorias como una mera carencia que puede ser superada mediante una traducción. Se trata de solucionar el problema lingüístico con una operación lingüística, y ya

está. Recién en el transcurso del texto se despliega el trasfondo de la no-dominación del castellano por parte del padre y las consecuencias que de ello resultan para el hijo que está en búsqueda del pasado del padre. Porque el hijo ve en el idioma de su padre la entrada a ese pasado que el padre dice querer contar.

De este modo, la dominación del idioma extraño por parte del padre y su falta de dominación del castellano indican hacia otro significado cuyo significante es el padre para el hijo. Ese significado se deja entrever también en ciertos rituales del padre, como serían su forma de observar por ejemplo nuevos zapatos o su andar por las calles:

Y esas oleadas intermitentes que acercaban nuestra imaginación a su pasado partían de su cuerpo –de su figura– cuando se aplicaba a revisar los zapatos que habíamos comprado. Él los inspeccionaba, grave y lento, y por esos resquicios que producen los gestos, los movimientos, las palpitaciones, para observar e imaginar, yo intentaba reconstruir sus viejos y lejanos momentos de zapatero (Chejfec 2007: 18).

Aquí no son las palabras, la lengua extraña, por las cuales transluce el pasado del padre, son los gestos que remiten a una época y un lugar lejano. El hijo-narrador nota que todo eso “[...] aparecía escondido detrás de aquellos leves y acostumbrados actos que mi padre hacía sin querer [...]” (Chejfec 2007: 18). Más que la lengua, los movimientos del padre revelan lo que éste intenta de callar:

Mi padre se acercaba desde la esquina con paso regular, mientras sus inclinaciones dejaban ver con intermitencia distintas cosas de lo que detrás suyo había y, paulatinamente –a medida que avanzaba–, se extendía y multiplicaba. Yo pensaba a veces que con igual manera de caminar él había llegado a la Argentina desde su pasado europeo, y que con cada movimiento del vaivén de sus hombros él repetía, con seguridad y con indefinición, el sigilo acostumbrado quizás a guardar y sostener desde que de chico se había visto rodeado de otro tipo de pasos más amenazantes y menos imprecisos (Chejfec 2007: 34).

No existe ambigüedad en los gestos o los movimientos, al contrario de cuando de la lengua se trata. Aún más, el padre no puede controlar sus movimientos, sus gestos, por los cuales transluce su pasado, al contrario de las palabras que él se cuida en no pronunciar: “Por esto creo ahora que mi padre le temía –literalmente– a las palabras: él sabía lo que con ellas quería reflejar, pero ignoraba lo que descubrían o podían develar cuando yo las escuchaba” (Chejfec 2007: 58).

La ambigüedad con respecto a las posibilidades de “la palabra” es tanto una preocupación del padre, expresada en la declaración de no poder contar su vida en castellano, como del hijo-narrador, y aparece en el texto como interrogante del hijo-narrador, poniendo así en duda o corrigiendo lo narrado por él mismo. Mediante cortas inserciones como “[s]eguía mirando, después –como quien dice– de las explosiones de sus estornudos [...]” (Chejfec 2007: 21), la duda encuentra su entrada al texto y lo pone en duda. Así, “[c]omo quien dice” relativiza la imagen evocada por la expresión “explosiones de sus estornudos”. Otro ejemplo más: “Como si fagocitásemos –para decirlo de algún modo– todo lo que nosotros mismos somos [...]” (Chejfec 2007: 30). La presencia de fagocitar se debe, y eso lo indica la expresión “para decirlo de algún modo”, a la búsqueda de la palabra exacta, adecuada para la descripción de un cierto hecho. Búsqueda en vano, ya que –en este caso– fagocitar es sólo “decirlo de algún modo” y no del modo preciso, adecuado.

La incertidumbre acerca de las posibilidades denominadoras de las palabras puede llegar a tal extremo de negarles justamente la calidad denominadora: “Los sentimientos –absoluta y quizá también crudamente– son ágrafos: imposible escribir sobre ellos, imposible que ellos se expresen por medio de la letra” (Chejfec 2007: 53). Quien lo dice es un segundo narrador (intra-heterodieético) que en los encuentros dominicales en casa del hijo-narrador intenta reconstruir los últimos días en la vida de una persona conocida por los que están presentes. Volveremos sobre estos encuentros dominicales más tarde.

Volviendo a las inserciones, éstas, aparte de marcar una ambigüedad acerca de la posibilidad de expresar pensamientos con palabras, demuestran también cómo la lengua se acerca a lo pensado, siendo lo pensado al principio algo difuso que gana cuerpo con la lengua: “[Palabras; pensamientos que son palabras, no otra cosa es lo que pongo aquí.]” (Chejfec 2007: 56). Los corchetes son del texto y comentan lo antes dicho; otro tipo de inserciones que subrayan la incertidumbre acerca de lo narrado.

Mientras va avanzando el texto, aparecen cada vez más señales de que el hijo-narrador duda acerca de la exactitud de la lengua y su capacidad de abarcar lo narrado en su conjunto. Al principio dominan las inserciones y vacilaciones que interrumpen el avanzar de la narración sin impedirla. Es casi a mitad de la narración cuando el hijo-

narrador intenta dar una explicación no sólo de los encuentros dominicales en casa de su padre, sino también de lo ocurrido entonces en Europa. De repente, el intento de explicar obliga al hijo-narrador a cambiar de registro, mas no hacia una claridad en la lengua o con la lengua, sino hacia un encadenamiento de palabras:

En esos momentos, cuando nos encontrábamos con que las cosas dichas [...] podían no ser del todo verídicas como aseguraba cada uno de los eventuales narradores, percibíamos que no solamente estas contradicciones no nos incomodaban ni nos vaciaban de interés por ellas, sino que afirmaban nuestra disposición de ánimo [...] a creer [...] que todas ellas confirmaban con su diversidad, diferencias y variaciones que había existido una serie de situaciones básicas que generaron en un alto número de personas cierto sentimiento unánime de absoluta incomodidad dentro de la geografía europea a partir de que sus íntimos elementos estaban hechos de –para decirlo con pocas palabras– dolor y miedo (Chejfec 2007: 78).³

Con esta frase se abre el campo de reflexiones acerca de las razones por las cuales los judíos europeos mostraron durante mucho tiempo una cierta “pasividad” ante el régimen nazi.⁴ Ahora bien, el *stream of consciousness* que sigue opera mediante la repetición de algunas palabras o expresiones claves. Así, la próxima frase empieza “[e]ste miedo y este dolor”, y a continuación se habla del éxodo de judíos europeos para volver de nuevo a las reuniones dominicales:

Dolor, miedo y pena era lo que se reflejaba en las historias que se contaban los domingos en mi casa; dolor y pena de recordar haber sufrido dolor, miedo y pena como consecuencia de la política nazi-alemana (Chejfec 2007: 78).

A partir de aquí, el texto busca explicaciones y cada vez que encuentra una explicación clave la marca usándola una y otra vez. Así, la sensación de ser víctimas de una catástrofe natural, experimentada por los judíos europeos, se convierte en *leitmotiv* en los siguientes párrafos:

Política que por otra parte no fue [...] sentida por mi padre y sus invitados como un cúmulo de injusticias y aberraciones arbitrarias derivadas de un régimen político [...], sino como la manifestación de una catástrofe más o

3 El párrafo incluye pasajes que al igual que lo descrito antes retoman o explican expresiones explícitas. Por falta de espacio se suprimieron aquí.

4 No se trata de discutir aquí si esta sensación es correcta o no, ya que el texto mismo usa el discurso de la pasividad judía para el montaje descrito a continuación. Pero sí cabe mencionar que la pasividad judía es un tema discutido no sólo en la comunidad judía.

menos sorpresiva. [...]. Y por eso el régimen nazi-alemán fue tan funesto [...]: porque su férrea y absoluta brutalidad terminó semejándose a una catástrofe natural [...]. Los judíos de Europa [...] vieron en el régimen nazi-alemán una suerte de depravación natural [...] (Chejfec 2007: 78-79).

Mas no se trata de una mera repetición de palabras o expresiones. Lo que lleva hacia una aceleración es la yuxtaposición y la construcción de cadenas que se van formando con cada repetición y la agregación de nuevos elementos:

El considerar al sanguinario régimen nazi-alemán sólo como cierta sorpresiva y solapada –sorpresiva y solapadamente consoladora, era más bien la maquinaria puesta a funcionar por la conciencia nacional-judía– depravación directamente natural o de algún modo en alguna medida desde cierto punto de vista natural –con una naturalidad propia de los procesos compulsivos del espíritu nacional-alemán– el cual, en tanto orden y nacionalismo alemán conjugados, dio como resultado aquella estruendosa manifestación de orden alemán y espíritu nacional alemán que fue el régimen político nazi-alemán, fue –en el mejor de los casos– una tontería, y en el peor de ellos una explícita y tremenda equivocación moral por parte de los judíos como conjunto de personas (Chejfec 2007: 81-82).

No son solamente repeticiones, cada repetición lleva una agregación. Con eso el texto opera, como lo explica Edna Aizenberg, al igual que el *Jad Gadia*, la canción aramea cantada al final del Séder pascual (Aizenberg 2002: 42-48). Aizenberg hace hincapié en el hecho de que tanto el *Jad Gadia* como *Lenta biografía* cuentan el pasado subrayando su significado para el presente.

2. El pasado

Mediante la lengua se da noticia del pasado, se intenta formular aquellos acontecimientos que forman parte de la memoria y que, según el punto de vista del hablante, merecen ser contados. En *Lenta biografía* el pasado está presente de diferentes maneras, acercándose así a la problemática relación entre memoria y lengua.

El primer pasado que aparece es la ya mencionada biografía del padre. Como ya se mencionó antes, el punto de partida del texto es la voluntad fracasada del padre de contar su vida. Este fracaso desemboca en el resultado de que el hijo-narrador escriba sobre su inquietud de conocer el pasado silenciado de su padre; lo que es entonces la biografía fragmentada del padre.

Aún más, pensar la biografía del padre remite al hijo-narrador a suponer sobre la familia del padre. Ya el mismo padre, al hablarle al hijo-narrador de su voluntad de escribir su biografía, remarca que escribir su biografía significaría contar las vidas de sus antepasados:

[...] me dijo, con otras palabras, que para comenzar como correspondería por su nacimiento e infancia debía remitirse a sus padres, y luego también a sus abuelos –a las vidas de todos ellos–, y que aquella era una empresa de lo más trabajosa y pesada [...] (Chejfec 2007: 10).

Aquí el padre da cuenta de la conexión existente entre la propia biografía y la historia que la precede, o sea, el pasado familiar. De este modo, él es consciente de la intrínseca relación que existe entre el presente –su vida– y el pasado –la vida de los muertos.

Aunque el hijo-narrador no tematice al principio la relación entre su presente y el pasado del padre y mencione como punto de partida su propia voluntad de escribir su vida:

[c]on el matiz secreto que saben aparentar las decisiones íntimas –guardadas hasta de uno mismo–, resolví hace meses comenzar a escribir, o intentar escribir, lo que se llama, por lo general, “mi vida” (Chejfec 2007: 9),

el camino que toma el relato es la prueba de lo constatado por su padre.

El paulatino cambio de rumbo empieza con una nostalgia del hijo-narrador. Una nostalgia de un no-pasado porque es un pasado que él desconoce y que entra al texto con la siguiente pregunta: “¿Cómo serán –habrán sido– sus hermanos?” (Chejfec 2007: 12). La forma gramatical lo indica: se trata de un futuro pasado que desde la perspectiva del hijo-narrador no se cumplió. Imaginarse a sus tíos es sólo una posibilidad que no se convierte en certeza porque el futuro de sus tíos se volvió pasado antes de que el hijo-narrador naciera. La incertidumbre acerca del pasado abre la imaginación hacia posibilidades que nunca se verán corroboradas. Allí empieza lo que el hijo-narrador denomina “presagio del pasado”; es lo que hacen los invitados de los encuentros dominicales, pero lo que también el hijo-narrador hacía cuando niño:

En esas historias y comentarios lo que siempre terminaba flotando era la precariedad, la provisoriedad [...]. Y cuando había alguna suposición que contara con el acuerdo favorable de todos (cosa improbable), ésta se teñía del color de lo eventual, de lo absurdo, y de lo ambiguo del resto de

las afirmaciones que se lanzaban con fruición y miradas concienzudas –y que eran la moneda corriente en aquellos intercambios de presagios del pasado– (Chejfec 2007: 25).

Aún más, la pregunta del hijo-narrador es también una pregunta real, ya que él desconoce la historia de los hermanos de su padre. La historia es para él desconocida porque su padre no se la contó:

De todas las circunstancias que allí se relataban, yo podía suponer que algunas de ellas quizá fueran semejantes a las vividas por mi padre en Europa –circunstancias (la suyas) que siempre mostró (muestra) él un empeño pertinaz e inmovible por ocultar–, o –por lo menos– sospechar cuáles habían sido los actos acostumbrados, los gestos familiares y cotidianos, por ejemplo y etcétera de mis tíos, mis abuelos y mi padre (Chejfec 2007: 99).

El silenciamiento del padre es tan palpable y de algún modo tan presente en el texto, pues, que en ninguna parte toma él la palabra. Él es una figura muda. Por ende, el acercamiento al pasado del padre sólo es posible por medio de suposiciones:

Supongamos que escapando; mi padre vino a Buenos Aires escapándole a la guerra ya terminada, o más bien quizá a sus consecuencias y recuerdos. Espantado de hambre; también –supongo–, desilusionado de su pasado llegó a este lugar con la intención de radicarse (Chejfec 2007: 12).

Las suposiciones y derivaciones de los actos del padre constituyen para el hijo-narrador la única manera de entender al padre. Son actos como el ya mencionado arriba, cuando el padre examina de una forma peculiar los nuevos zapatos de sus hijos. En esos momentos, el hijo-narrador encuentra la posibilidad de ser testigo de lo que el padre fue en su pasado europeo. Pero no sólo son pruebas del pasado europeo del padre para el hijo-narrador, sino muestran también el apego del padre a lo que ya no existe; un apego que muestra sin querer:

Y su pasado, el origen, el lugar desde donde había comenzado a proyectarse –como quien dice–, aparecía escondido detrás de aquellos leves y acostumbrados actos que mi padre hacía sin querer (Chejfec 2007: 18).

Me parece que ese “sin querer” es justamente la irrupción de una nostalgia que el padre siente por su pasado. El cuidado, la atención con que examina los zapatos se debe al campo de recuerdos que se abre ante él cuando inspecciona los zapatos. Por ende, los zapatos representan desde la perspectiva del padre un mundo que ya no existe, tanto en sentido literal como en sentido figurado (es uno de los pocos datos que

tiene el hijo-narrador sobre el pasado de su padre: la desaparición del pueblo donde nació y vivió).

Ese mundo que ya no existe es evocado en un ritual semanal que se da en casa del hijo-narrador: los encuentros dominicales de su padre con sus amigos. Estas reuniones ocupan casi la mitad del texto y van formando lentamente una historia dentro de la historia del padre y del hijo-narrador. Una fuerte presencia del pasado marca los encuentros, o por lo menos no revela el hijo-narrador si en ellos también se discuten temas de la actualidad argentina. Al contrario, lo que domina las reuniones es un intento de recuperar lo que fue, salvándolo así del olvido. Los presentes hablan de sus vidas anteriores sacando a la luz el destino de personas –amigos, familiares– no presentes:

Esas reuniones eran, pienso, una manera velada de imaginar. Imaginar los gestos, las palabras, las circunstancias en las que aquellas personas conocidas por quienes se juntaban a cambiar miradas y palabras habían aparentemente terminado sus días (Chejfec 2007: 27).

Mediante una lenta aproximación narrativa, en la cual se le presta especial atención a datos efímeros, va cobrando perfil la historia de una persona que el grupo en conjunto intenta rescatar del olvido: “Había veces en que el motivo de la conversación, de los ejercicios imaginativos que demandaba, y del acaloramiento [...] podía ser el día en que un tren había realizado determinado viaje” (Chejfec 2007: 24). La importancia del más mínimo detalle reside en la prueba de veracidad que se le otorga, ya que sólo el dato correcto es la, aparente, confirmación de la verdad de lo relatado. La atención que se le presta a estos datos “sin importancia” es contrastada por el silenciamiento del destino final de la persona cuyo recuerdo domina la conversación. Por ende:

Se trataba –se trata–, por ejemplo de reconstruir vidas de personas lejanas y muertas. Las historias se reconstruían a partir de chismes, de recuerdos de infancia, de ejercicios de la imaginación levemente alcoholicada, de esa especie de correlato inverso del presagio que es la memoria borrosa y escandida por el dolor (Chejfec 2007: 23-24).

Aún más, las discusiones despertadas por la ansiosa búsqueda y comprobación de los más mínimos detalles evitan justamente, por el solo hecho de mantener viva la conversación, la desaparición del muerto, la narración lo mantiene vivo:

Era –es–, para él, una cuestión de buena voluntad: dos historias sobre la misma persona o episodio que fuesen contradictorias no indicaban para mi padre una mutua invalidación, sino una apreciable oportunidad de continuar el terreno fértil de la incoincidencia (Chejfec 2007: 28-29).

A pesar de estas declaraciones, el precario equilibrio entre la riqueza de las múltiples variaciones del pasado narrado y la mentira entra en peligro cuando otra invitada irrumpe en la narración hasta entonces dominada por uno sólo, y lo acusa de haber inventado datos. Lo que al principio parece ser sólo otra interpretación y valoración de lo hasta entonces relatado, se vuelve una disputa sobre el poder del narrador sobre “su” historia. No obstante, lo que promueve la intervención de la mujer no es la posible veracidad de lo narrado, sino una valoración del narrador que descalifica el presumible último comentario del perseguido –así se nombra a la persona cuyos últimos días forman la historia de las reuniones (Chejfec 2007: 56). La mujer tiene otra opinión de estas últimas palabras del perseguido, pero cuando logra tomar la palabra no se contiene en dar a conocer su opinión, sino que empieza a narrar su versión de los acontecimientos, acusando al narrador de haber inventado sucesos:

“Únicamente a quien tiene una excesiva imaginación esta despedida le puede parecer poco seria o desafortunada”, agregó la mujer –en idisch– con las dos palmas sobre la mesa iluminada, “y sólo quien tiene una opinión semejante supone que se podría haber dicho otra cosa” (Chejfec 2007: 76).

La intervención de la mujer pone sobre la mesa de las reuniones dominicales la pregunta acerca la independencia de los recuerdos, o más bien de las personas recordadas. ¿Cuál es el poder que tienen las palabras sobre acontecimientos recordados, sobre todo si se trata de acontecimientos ajenos? Esta es la pregunta que la mujer busca aclarar con su versión de los últimos días del perseguido para salvarlo de ser una mera marioneta de la imaginación de otros (Chejfec 2007: 77). Y es exactamente esta situación la que lleva al hijo-narrador a reflexionar sobre el porqué a nadie le molestaba el hecho de que existiera un sin-número de versiones de una historia. Aquí aparece un desacuerdo entre la versión del hijo-narrador que, a pesar de la narrada intervención de la mujer, sigue insistiendo en relatar un supuesto acuerdo existente entre los invitados de las reuniones dominicales en casa de su padre. Aparentemente, porque el texto mismo es el testigo de eso, no

todos los invitados experimentan del mismo modo la multiplicación de versiones del pasado. Aun así siguen contándose sus versiones de las historias de otros, y es también lo que hace el hijo-narrador, a pesar de la imposibilidad de llegar a la veracidad de los hechos: “en definitiva, yo no pretendo otra cosa: recordar, a pesar de que es imposible y vano” (Chejfec 2007: 119).

De ese modo, estos encuentros dominicales con sus conversaciones a veces acaloradas están impregnados por una nostalgia del pasado que se ubica en la conmemoración de personas muertas de las cuales cada uno de los invitados mantiene en la memoria otros detalles. Poco a poco, como en un mosaico, los detalles dejan ver una vida pasada que además está relacionada con un lugar específico al cual los presentes en las reuniones sólo regresan en esos encuentros dominicales. Y es justamente la nostalgia que requiere el silencio sobre el destino final de los no-presentes, ya que admitir aquel destino significaría admitir el fin del pasado y la imposibilidad de recuperarlo mediante la palabra.

3. Finalizando

Volviendo al comienzo: *Lenta biografía* cuenta la búsqueda de las posibilidades de dar testimonio de acontecimientos del pasado mediante un medio imperfecto como la lengua. El relato de las biografías se asemeja más bien a un acercamiento despacio que retrocede y avanza al mismo tiempo, agregando en cada avance otro aspecto hasta haber armado una cadena. Y es la lengua, ese medio imperfecto, que posibilita mediante aceleraciones y repeticiones la cadena que junta el pasado al presente, sin querer explicar ni lo uno ni lo otro. En un bambolear se acerca el texto a su fin, imitando el movimiento de los barcos que trajeron a los judíos europeos a América Latina.

Pero *Lenta biografía* es también la historia de dos relaciones padre-hijo: la del hijo-narrador con su padre y la del perseguido con el suyo, del cual no se sabe si ya está muerto cuando su hijo en su huida llega a la casa paterna. Mientras que al principio domina la historia del hijo-narrador y la biografía oculta de su padre, el final está impregnado por la historia del perseguido, de cuyo destino no se sabe nada. Y justamente la falta de este dato esencial vuelva a mostrar la incapacidad del narrador de contar la verdad de hechos pasados. Al mismo

tiempo, la ausencia de ese dato no impide la veracidad de lo contado, porque sí existían los perseguidores, el padre y la hermana.

Por su parte, el hijo-narrador debe el universo de las posibles biografías de su padre al, supuesto, silencio de éste sobre su pasado. La importancia que el hijo-narrador le otorga al pasado del padre se debe a la intrínseca conexión entre su presente como hijo y el pasado del padre como judío europeo. Así, la intención del padre de empezar un nuevo capítulo –o sea una nueva vida– en Buenos Aires se ve contrarrestada por él mismo. Muestra de eso son sus gestos y movimientos que remiten a su pasado europeo en el presente bonaerense. Finalizando con la última frase de *Lenta biografía*: “El pasado perduraba, sucesivo, como aspirando y previendo llegar hasta un lugar –virtual e inexistente– que habría de ser el de su consunción y que había sido su seno” (Chejfec 2007: 190).

Bibliografía

- Aizenberg, Edna (2002): *Books and Bombs in Buenos Aires. Borges, Gerchunoff, and Argentine-Jewish Writing*. Hanover/London: University Press of New England.
- Chejfec, Sergio (2005): “Marcas en el laberinto”. En: Chejfec, Sergio: *El punto vacilante. Literatura, ideas y mundo privado*. Buenos Aires: Norma, pp. 119-133.
- ([1990] 2007): *Lenta biografía*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Shua, Ana María (1992): “Retazos de recuerdos”. En: Finzi, Patricia/Toser, Eliahu/Bareman, Marcos (eds.): *El imaginario judío en la literatura de América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editorial Shalom, pp. 20-23.